

# Los Discípulos - Parte 3: Últimas Voluntades -

Víctor Mestre Pérez



# Capítulo 1

<<... Yo, Irwing Adder, escribo esta carta, en estas horas tan aciagas, siendo consciente de que mi fin está cerca. No sé si esto lo leerá alguien o si esta carta será encontrada algún día. Sin embargo, quiero dejar constancia de los últimos acontecimientos acaecidos en mi vida... vida, que está próxima a expirar...

¡Maldición! ¡Qué mal se me da escribir cartas autobiográficas de despedidas en tono solemne!

¿Por donde debería empezar? Pues primero, dejando claro mi situación actual. Jodida. Y cuando quiero decir jodida, quiero decir JO-DI-DA. Con un tobillo torcido, sin víveres, atrapado en este laberinto infernal y con una jauría de criaturas al otro lado de este bloque de piedra sobre el que estoy recostado, la situación difícilmente podría estar peor...

¡Y yo aquí, sin poder hacer nada y perdiendo el tiempo escribiendo esta estúpida carta!

Quizá vaya demasiado deprisa y esté adelantando los acontecimientos. Empecemos por el principio.

Antes de unirme al culto de Osgard haré cosa de año y medio, trabajaba como estibador en un pueblecito cercano al cabo de Cod, en Massachusetts. Tenía una vida tranquila (aburrida se podría decir) trabajando en el puerto. Vivía en una habitación alquilada en uno de los destartados pisos alrededor de la bahía. Y los fines de semana, los pasaba bebiendo en El Tritón Pícaro, un tugurio cercano al faro. Un sábado por la noche, conocí a Mike en el Tritón. Un tipo espigado y calvo. Me pareció un pelín despistado pero hice buenas migas. Nos habló a mí y al resto de los parroquianos del Tritón de una hermandad, un culto, conocido como el culto de Osgard, al que él y otros tantos creyentes asistían. También nos habló del dios al que adoraban, una criatura sumergida conocida por Cthulhu.

¿Y en ese instante, no vistes ni sospechaste nada raro en él, preguntarán? ¿No pensaste en poner pies en polvorosa? Más de una vez me he hecho esa pregunta. Debí haberlo hecho, sí. Debí marcharme de allí en cuanto él apareció. Debí declinar la invitación cuando me sugirió ir a una de las reuniones del culto. Sin embargo, me sentía tan solo y vacío. Todavía no había encontrado el amor y mi familia vivía lejos, al otro lado de los estados... No tenía ningún lazo afectivo, por lo que pensé que un culto en torno a un dios sumergido y ancestral que prometía los más asombrosos favores llenaría mis vacíos afectivos... eso y que ofrecían bebida gratis.

Pero me equivoqué.

Empecé asistiendo a unos pocos encuentros, pero al cabo del tiempo, me fui interesando más y más. El gran maestro del culto, Theophilus, predicó sobre la grandeza de los Dioses Exteriores, de su dios supremo, Azathoth y del resto de sus vástagos. Nos habló del gran primigenio Cthulhu, sumergido y dormido en la ciudad subacuática de R'lyeh, de su inmenso poder y de las maravillas que podría conseguir si lográbamos invocarlo. Todos juntos, trabajamos duramente, codo con codo para llevar a cabo tal empresa. Sin embargo las cosas no salieron como esperábamos...

Por un lado, los objetos requeridos para el ritual no fueron los adecuados; por otro, en el momento en que estábamos llevando a cabo el ritual, los seguidores del Símbolo Arcano, una culto que sirve a los Dioses Arquetípicos (contrarios a Cthulhu y Azathoth), irrumpieron portando armas y pistolas. Intentamos defendernos, pero eran demasiados. Mike y otros muchos hermanos, cayeron abatidos.

El ritual que habíamos llevado a cabo para invocar a Cthulhu no resultó. Sin embargo, en su lugar, un portal interdimensional se abrió ante nosotros. El gran maestro Theophilus y yo escapamos por él, pero los seguidores del Símbolo Arcano fueron detrás nuestra. Viajamos a un planeta desconocido, yermo y desértico, e intentamos deshacernos de nuestros perseguidores, con escasa fortuna. Nos acorralaron y justo cuando estuvimos a punto de palmarla, unos tentáculos surgieron del suelo y acabaron con ellos. Theophilus dijo que él había sido quién los había invocado, que fue él quién nos había salvado. Pero allí estaba Nyarlathotep, el emisario de Azathoth, que fue quién realmente había sido nuestro salvador. Nyarlathotep castigó a Theophilus con la muerte al atribuirse logros ajenos y a mí me ofreció un trato. Servirle a él, hasta el fin de los días, a cambio de que me llevará de vuelta a la tierra. Yo acepté y Nyarlathotep cumplió su parte del trato.

Ahí fue cuando comenzó mi primer acto de servidumbre. El emisario de Azathoth me encomendó recuperar el libro de Eibon y en ese momento, al devolverme a la tierra tras cruzar un portal interdimensional, me envió a Egipto.

Cuando me desperté (con un martilleante dolor de cabeza) no vi más que tinieblas a mi alrededor. Palpé el suelo y percibí la mochila que Nyarlathotep, antes de mi partida, me había entregado. Al abrirla, percibí un objeto ovalado y un pequeño objeto rectangular, que supuse que sería una caja de cerillas. Saqué una y la encendí. La llama crepitó por unos segundos e iluminó unos pocos metros a mi alrededor. Me di cuenta que el objeto ovalado era una lámpara de aceite, por lo que usé el fuego de la cerilla para encenderla. La luz iluminó la estancia y la oscuridad

retrocedió.

Me encontraba en una cámara larga, estrecha y de techos altos. Las paredes estaban construidas con grandes bloques de piedra pulida sin apenas decoración. Intenté discernir si había algún ventanal en la parte alta de la sala, pero no logré ver ninguno. En uno de los extremos de la cámara había un corredor. Me incliné de nuevo sobre la mochila y ojeé su contenido: un revolver, una pluma y un bote de tinta, una cuerda, un saquito de polvos negros con un olor peculiar, un trozo de tela con lo que parecía un mapa dibujado y la mencionada caja de cerillas.

Al tomar el mapa y echarle un vistazo, me costó situarme. Pero en cuanto encontré una estancia con una sola salida (y con un dibujo de algo parecido a una personita, que supuse que sería yo), conseguí ubicarme. Observé el mapa con atención y vi una marca sobre una gran cámara en el extremo inferior del trozo de tela. Sabiendo cual era mi destino, emprendí la marcha por las tumbas subterráneas de Shaiyb al-Banat.

Deambulé por largos y angostos pasillos, escalé empinados corredores, y crucé grandes estancias llenas de recipientes funerarios y estatuas polvorientas. A mitad de camino, llegué a una estancia circular. Parecía ser el final del trayecto, pero en cuanto me acerqué al centro de la estancia me di cuenta que había un gran foso. Saqué la cuerda de la mochila y la até a una estatua con forma de gato. Una vez asegurada, el descenso fue sencillo.

Al llegar al nivel inferior, caminé por una sala con decenas de columnas que se alzaban en los laterales. Continué hacia el sur (según indicaba el mapa), y después tomé una bifurcación hacia el este. Entre tinieblas y solo con la luz de la lámpara de aceite, contemplé los jeroglíficos que se extendían en todas direcciones, por cada una de las salas por la que anduve. Llegado el momento, vi algo extraño, algo fuera de lugar. Vi como el trazado de los jeroglíficos cambió y fueron sustituidos por símbolos estilizados y puntiagudos. La presencia de de los Dioses Exteriores se hizo notar.

Finalmente, llegué a la sala marcada en mapa. Era rectangular y en centro, junto a un sarcófago, vi un pedestal. Al acercarme, encontré lo que había venido a buscar: el libro de Eibon. Las tapas eran de piel y su color era rojo como la sangre. Tomé el libro, lo abrí y pasé sus páginas entre mis manos. Cientos de hechizos, maleficios y sortilegios vi escritos en él... o por lo menos, eso fue lo que supuse. Mis conocimientos de lenguas antiguas son un tanto parcas como para entender el contenido del libro.

Tras guardarme el libro en la mochila de cuero, salí por la misma puerta por la que había entrado. En ese momento, oí un estruendo. Al volverme, vi como la tapa del sarcófago era movida desde dentro. Cuando la tapa

cayó pesadamente a un lado, una criatura se alzó desde el interior y me miró hambrienta. Me recordó a un ser perteneciente a la raza de los profundos (adoradores de Cthulhu, mitad humanos, mitad batracios), pero de piel seca y cuarteada. Sin tiempo para apreciar ningún detalle más, saqué el revólver y le descerrajé tres tiros. Dos impactaron de lleno, pero no pareció hacerle daño. Asustado, volví a descargar otro par de tiros sobre la criatura, con idéntico resultado. En ese momento decidí poner pies de por medio y corrí hacia la puerta que comunicaba con el pasillo por el que había llegado. Mientras huía, revisé la mochila y encontré una otra docena de balas. Intenté cargar el revólver, pero el nerviosismo hizo que las balas se me resbalaran de las manos. Al volverme para ver donde habían caído, vi a la criatura apareciendo por final del pasillo, seguido de una docena más como ella. En ese momento, decidí que no valía la pena volver a por la munición perdida.

Regresé sobre mis pasos y corrí en dirección norte y después giré hacia el oeste. Al llegar a la sala del gran foso, escalé por la cuerda tan rápido como puede y llegué al nivel superior. No sabía si encontraría una salida allí, pero por lo menos esperaba que las criaturas no pudieran alcanzarme. Sin embargo, nada más llegar arriba, vi las paredes laterales derrumbarse y más seres irrumpiendo en tromba. Corrí hacia el pasillo, pero uno de los seres me agarró y los dos forcejeamos. Con mucha dificultad, logré quitármelo de encima, pero en cuanto me volví para continuar con la huida, un pie se me enganchó en un hueco del suelo y me torcí el tobillo. Cojeé hasta la salida, con esas espeluznantes criaturas detrás de mí y acortando distancias y salí de la estancia circular. Giré por un cruce hacia la derecha y luego en el siguiente a la izquierda. Sin mirar atrás, tiré la lámpara de aceite por encima de mi cabeza hacia las criaturas que me perseguían, en un intento para contenerlas. A oscuras, giré de nuevo hacia la izquierda y llegué a una cámara que parecía estar sellada. Anduve sobre mis pasos para salir de ese callejón sin salida, pero oí a las criaturas aproximarse. Rápidamente, me coloqué de espaldas a un bloque de piedra y, haciendo uso de todas mis fuerzas, empujé el bloque y obstruí la entrada.

Y ahora me hayo aquí, recostado contra el bloque de piedra y esperando mi final. Tiene gracia la cosa. Siempre que de pequeño leía relatos de terror en los cuales el protagonista relataba sus últimos instantes antes de irse al otro barrio, me daba la risa. ¿¡Quién en su sano juicio se dedicaría a escribir eso en una situación así!? Y ahora soy yo, quién..."

—¡Phhhssss!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Irwing, asustado—. ¿Qué ha sido ese ruido?

—¡Aquí! —dijo una voz—. ¡Arriba!

Irwing se incorporó y saltó a la pata coja hasta el centro de la cámara. Alzó la vista y vio un agujero en el techo que se elevaba. Arriba, en lo alto, vio la luz de dos lámparas de aceite destacando en la oscuridad. Irwing entrecerró los ojos y distinguió a dos figuras que le saludaban con las manos levantadas.

—¿Eres Irwing Adder? —preguntó la figura de la derecha.

—¡Sí, soy yo! ¿Quiénes sois vosotros?

—¡Somos del Culto de Ram-teq! ¡Acólitos de Yog-Sothoth! Sabíamos que estarías aquí! —dijo la figura de la izquierda—. ¿Tienes el libro?

Irwing sacó el libro de la mochila y lo alzó en el aire.

—Sí, aquí está. ¡Supongo que será este!

—¡Tíranoslo! —dijo la figura de la derecha—. ¡Podemos cogerlo!

—¡Ni de broma! ¡Bajad y sacarme de aquí, deprisa!

Un fuerte golpe se oyó al otro lado del bloque de piedra, seguido de decenas de ruidos chirriantes.

—¿Has despertado a los sumergidos de arena? —preguntó la figura de la izquierda.

—Eh... es posible, sí —asintió Irwing—. ¡Fue sin querer!

—Deshazte de ellos primero. ¡Hazlo, deprisa!

—¿Pero cómo? ¡Me he quedado sin munición! —gritó Irwing, alterado.

—¿Tienes el saquito de polvos negros? ¡Úsalos contra ellos!

—¿Que use el qué? —preguntó Irwing sin comprender.

Se oyó un fuerte golpe contra el bloque de piedra y Irwing vio como una grieta se extendía por la superficie de este, de arriba a abajo. Tras otro fuerte estruendo, vio como la grieta se hizo más grande y el bloque de piedra se separó en dos mitades. Irwing vio a docenas de esas criaturas, parecidas a sumergidos, abriéndose paso y entrando a la cámara donde se encontraba.

—¡Mierda! —maldijo Irwing. Rápidamente, dejó la mochila en el suelo y buscó el saquito de polvos que había encontrado nada más despertarse.

En el momento en que lo tomó con sus manos, una de las criaturas se abalanzó sobre él y los dos cayeron al suelo. Irwing apretó con fuerza el saquito y parte de los polvos volaron por el aire. Al respirarlos, estornudó y sopló parte de los polvos hacia la criatura. Esta se incorporó raudamente, retrocedió y aulló presa del pánico. Golpeó al resto de sus congéneres y cayó torpemente al suelo.

—¿Qué coño ha pasado? —se preguntó Irwing desde el suelo, mientras contemplaba la escena asombrado. Miró el saquito y se preguntó—. ¿Qué es esta mierda?

Irwing se apoyó contra una pared lateral y se puso en pie. Cojeó hacia las criaturas y, sin estar muy seguro del todo, vertió unos pocos polvos en su mano derecha y los sopló sobre los sumergidos de arena.

El contacto con el polvo negro hizo que las criaturas aullaran de dolor. Vio como estas se revolcaban por el suelo mientras se rascaban con desesperación. La piel se agrietó y los músculos se deshicieron. Se convirtieron en arena. Al final, no quedó más que unos pocos huesos humeantes.

Irwing, sin dejar de mirar los restos de las criaturas, se agachó sobre su mochila y se la llevó al hombro. Se acercó a los huesos que había esparcidos por el suelo y los palpó con el pie que cojeaba.

—Joder —dijo Irwing sorprendido—. Qué manera más desagradable de morir... si es que no lo estaban ya.

—Eso mismo me dije yo la primera vez que lo usé —dijo una voz a su espalda. Irwing se volvió y en ese momento vio una figura alta ante él. Estaba bajo el agujero del techo y sujetaba una cuerda con la mano derecha. Una lámpara de aceite (probablemente del recién llegado), que descansaba sobre un bloque de piedra, iluminaba sus facciones. Era un hombre moreno, tenía una barba cerrada y una cicatriz en la mejilla. Su rostro parecía cuero viejo curtido por los años. Llevaba un turbante en la cabeza y vestía como un beduino—. Mi nombre es Abdel Sallah. Y el de ahí arriba es Arnold Toht.

Sallah señaló hacia el agujero de techo y una voz dijo.

—¡Encantado, señor Irwing! —saludó Arnold desde arriba.

Irwing saludó con la cabeza, y cojeando, llegó hasta Abdel.

—¿Saben mi nombre?

—¡Sí, así es! —gritó Arnold.

—Ya podían haber bajado antes a ayudar —se quejó Irwing.

—Tenía los polvos negros. No le hacía falta nuestra ayuda —dijo Abdel.

—¿Por qué no los usó antes? —preguntó Arnold desde la parte alta del agujero.

—No sabía para qué podían servirme —se defendió Irwing encogiéndose de hombros.

—Bueno, ahora lo sabe para... una próxima vez —dijo Abdel—. ¿El libro está intacto?

Irwing abrió la mochila, sacó el libro y se lo tendió.

—Aquí está. ¿Nos vamos?

—Nosotros sí —Abdel se llevó la mano a la espalda y sacó un Colt. Apuntó a Irwing y dijo—. Sin embargo, usted, se queda aquí.

Irwing miró el Colt, apesadumbrado, y dijo.

—¿Este es el final de la historia? —preguntó Irwing a la vez que levantaba la manos.

—Para usted sí.

Irwing, nervioso, dio un salto sobre su pierna buena y retrocedió.

Abdel levantó el seguro del Colt y apuntó sobre el pecho de Irwing. En ese momento, algo pesado cayó por el agujero del techo e impactó contra el suelo de piedra. Sobresaltado, Abdel se dio la vuelta y apuntó hacia el agujero del techo.

—¿Pero qué...? —apuntó de nuevo hacia Irwing y dijo—. Ni se te ocurra moverte.

Irwing, nervioso y con las manos levantadas todavía, miró fijamente el arma que le apuntaba al pecho.

Abdel caminó hacia la figura, que yacía en el suelo tendida y le dio la vuelta.

—¿Arnold? —preguntó Abdel sorprendido.



—Sí, y tú serás el próximo —dijo una voz desde lo alto del agujero.

Abdel levantó la vista y dos certeros tiros le alcanzaron en la cabeza. Se desplomó sobre su compañero caído y la sangre tiñó el suelo de rojo.

—¿Pero qué mierda está pasando? —se preguntó Irwing asustado. Se volvió hacia la entrada de la cámara, nervioso, y se preguntó si habría algún lugar donde esconderse entre la oscuridad.

Oyó un ruido a su espalda e Irwing se volvió hacia el agujero del techo. No podía creer lo que vieron sus ojos.

—¿Mike?!

—El mismo —dijo su compañero del culto Osgard. Vestía una camisa y unos pantalones beig, un pañuelo rojo al cuello y llevaba una mochila en la espalda. En su cinturón, destacaban un cuchillo oxidado y un cuarenta y cinco— ¿Me has echado de menos?

—Pe-pero, pero... ¿Qué haces aquí? ¡Te vi morir cuando los seguidores del Símbolo Arcano irrumpieron durante la ceremonia!

—Me alcanzaron, sí. Pero no acabaron conmigo. Hubo una explosión y logré escapar. Tú no viste nada de esto, al cruzar el portal dimensional con Theophilus.

—Siento mucho haberme ido y no haber hecho nada por...

—No te preocupes. En tu situación, yo hubiera actuado igual. Y bien, ¿conseguiste el libro de Eibon?

Irwing miró el libro que tenía entre las manos y frunció el ceño.

—Este es. ¿También has venido a por el libro para matarme después?

—No hombre, no —Mike se acercó a Irwing y le tomó el libro de las manos. Tras abrirlo y echarle un vistazo, dijo—. Bien, bien... se ve que está en buen estado.

—Es un alivio.

—Me envía Nyarlathotep. Tras escapar de los seguidores del Símbolo Arcano, me topé con él. O él me encontró, mejor dicho. Me encomendó la misión de venir a buscarte aquí. A ayudarte a salir, más bien.

—¿No creía que fuese capaz de llevar a cabo la tarea que me encomendó?

—Sí, pero, pensó que una ayudita te vendría bien.

Mike se guardó el libro de Eibon en la mochila que cargaba a la espalda y le hizo un gesto a Irwing.

—Venga, salgamos de aquí.

Irwing, cojeando y ayudado por Mike, llegó al agujero del techo. Irwing le ayudó a que se apoyara en una pared y se tomara un respiro. Cogió una de las cuerdas y dijo.

—Voy a subir hasta arriba. Cuando llegue, te tiraré una cuerda con un nudo especial. Te lo pondrás alrededor de la cintura y entre el camal de tu pantalón, y yo tiraré de ti para subirte. ¿Está claro?

—Sí, está claro. Tranquilo, no me moveré de aquí.

Mike rió y asintió con la cabeza. Cogió la cuerda, dio un brinco y comenzó a subir.

En pocos minutos, llegó al borde superior del agujero, se agarró a un saliente, se puso en pie y desapareció. Irwing se quedó esperando un rato hasta que vio la silueta de Mike regresar. Una cuerda cayó por el agujero con un nudo en un extremo. Irwing se colocó la cuerda por la cintura y por el camal del pantalón, y luego tiró del extremo que colgaba sobre su cabeza. En ese momento Mike tiró de la cuerda y Irwing comenzó a subir por el agujero. La subida fue lenta y a trompicones, pero finalmente llegó al nivel superior. Mike le tendió una mano a Irwing, la agarró y le ayudó a llegar a suelo firme. Cansado, Mike se sentó sobre una losa de piedra, junto a otra lámpara de aceite, para recuperar el aliento.

—Si salimos de esta, prométeme que te pondrás a dieta. Aunque sea un poquito.

—Dalo por hecho —dijo Irwing, sentado también sobre una losa de piedra—. ¿Quiénes eran los tipos de antes?

—¿Los tipos de antes?

—Sí. Un tal Abdel y un tal Arnold. Los tipos que te cargaste antes.

—¡Ah! ¿El árabe y el alemán?

—Sí, esos dos. ¿Eran seguidores del Símbolo Arcano encubiertos?

—No, nada de eso. Como les oíste decir, pertenecían al culto de Ram-teq. Seguidores de Yog-Sothoth.

—¿De Yog-Sothoth? ¿En serio? —preguntó Irwing sin comprender—. Pero entonces, ¿por qué querían matarme? ¡Obedecemos todos al mismo señor!

—Por lo que se ve, Nyarlathotep no te ha explicado nada del conflicto que tienen él y Yog-Sothoth entre manos, ¿verdad?

—¿Conflicto? ¿Pero qué conflicto?

—Segun parece, Yog-Sothoth quiere usurpar el lugar de Azathoth. Hay una guerra cósmica encubierta de lo más jodida. Y nosotros estamos en medio.

Irwing intentó procesar lo que Mike le estaba contando. <<¿Dioses exteriores luchando por el poder entre ellos? ¿Con Yog-Sothoth, guardían de la puerta y la llave, el único capaz de traerlos de vuelta, intentando traicionar a Azathoth, el primer motor del caos y centro del universo? ¿Y nosotros sirviendo a Nyarlathotep y estando en medio de todo este berenjenal?>> Irwing sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Madre del amor hermoso —dijo Irwing apesadumbrado.

—Eso mismo me dije a mí cuando me enteré de cómo estaba la situación —dijo Mike tras ponerse de pie.

—¿Y no habría posibilidad, no sé, de buscar protección en otra parte? Porque como esto se ponga serio, nosotros, los acólitos de cada actor en esta guerra, tenemos todas las papeletas para pasarlo mal. Muy mal.

—¿Sugieres que reneguemos de los Dioses Primordiales y nos pasemos a los Dioses Arquetípicos?

—Bueno...

—Olvídate. Ellos nos matarían. Además, eso no ayudaría en nada a resolver la situación en que estamos.

—¿Y de qué forma resolveremos la situación en la que estamos ahora?

—Debemos llevar el libro Eibon a Nyarlathotep. Y para ello, debemos salir de aquí primero. Vamos, en marcha.

Mike agarró la lámpara de aceite con una mano y con la otra ayudó a Irwing a incorporarse. Juntos, salieron de la sala donde se encontraban y llegaron a un pasillo que ascendía. Al final de este, vieron un intensa luz

blanquecina. Irwing sintió un aire cálido que le golpeaba el rostro. Al llegar al final, Irwing salió del pasillo, cerró los ojos y levantó el brazo protegiéndose de la intensa luz. Cuando sus ojos se habituaron, vio el sol rojizo ponerse en el horizonte. Se encontraban en una explanada que sobresalía de la zona alta de una montaña. Y frente a ellos, un desfiladero que daba a un enorme valle de tierra yerma que se extendía en todas direcciones. Cerca de donde se encontraban, a su izquierda, Irwing vio un par de caballos que descansaban junto a una hoguera apagada.

—Bueno, parece que la parte más difícil ya está hecha —dijo Irwing.

—¿Que ya está hecha? —preguntó Mike sorprendido.

—La parte en que dijiste "salir de aquí primero" —Irwing se volvió y señaló la entrada de las tumbas de Shaiyb al-Banat—. Bueno, hemos salido.

—¡Ja, ja, ja! Creo que me quedé corto con mi explicación.

—¿Cómo que corto?

—Cuando dije salir de aquí, me refería volver a nuestro tiempo.

—¿Nuestro tiempo?

—Sí. Estamos en el año dos mil quinientos antes de Cristo. Ahí fue donde nos envió Nyarlathotep, a través del tiempo y el espacio para recuperar el libro de Eibon.

—No me...

—Ese libro ya no existe en nuestra época. Por ese motivo, el de mandarnos a este periodo para recuperarlo.

—Dos mil quinientos años en el pasado —dijo Irwing asombrado.

—Sí, dos mil quinientos años —Mike señaló al par de caballos que descansaban junto a la hoguera—. ¿Puedes montar?

—Sí, eso creo.

—Perfecto. Vamos, tomaremos un camino oculto que desciende la montaña. No hay tiempo que perder.

- Fin -